

## Consolación para una madre

*Por mi querida hermana Emilia,  
siempre viva de amor.*

El único consuelo que te dejaron, madre,  
fue el que cantaba Paco en las esquinas:  
«Esta tarde, muy tarde, hay un entierro...»

La tarde entre tus manos tiene cara de madre,  
se llama atardecida por no herirte:  
hasta abre el amor una ventana  
por mirarte y bendecirte.

No hay palabra que enjuge tu empapada tristeza,  
ni moneda que compre tus suspiros.  
Lo que ayer fue tu hija, hoy es tu pena:  
¡no será nunca más lo que había sido!

Será un dolor de rosa herido de armonía,  
una torre de iglesia sin campanas,  
un corazón con sitio para lágrimas,  
y Paco acorralando tu dolor:  
«Esta tarde, muy tarde, hay un entierro...»

No temás, madre, no será verdad.  
Paco no sabe lo que dice, el pobre.  
Lo mismo que reparte de mentira  
pan y luz, hoy reparte esa noticia  
de tu hija muerta... No sabe lo que dice:  
nunca estuvo muy bien de la cabeza.

Andas tan troceada, madre, que apenas  
tienes tiempo para otra cosa que no sea dolor,  
terriblemente oscura  
de dentro para afuera.

Y luego, estas tardes tan lentas, tan terribles,  
que sostienen oscuros sentimientos  
y alumbran tantas cosas que fueron tan hermosas  
y otras que viven de la luz de aquellas.  
Y luego, y siempre, ese pregón de Paco:  
«Esta tarde, muy tarde, hay un entierro...»

No le hagas caso, madre, no le oigas.  
Tu hija está ahí, con más rosa que muerte,  
al final de tus íntimas palabras,  
sus labios entreabiertos en versículo  
y los ojos cansados como de dormir poco.  
Tu hija madrugaba mucho, madre:  
tú que estar cansada de tan viva...

Mírala, madre: tú la has mirado  
dormir noches cerradas, y te asomabas  
de puntillas al borde su cuna,  
a oír su respirar, su hambre de niña,  
¿Te acuerdas de aquel llanto derretido,

de aquellas piernas que no sabían andar...?

Es tu hija que vuelve a ser tu niña.

Terriblemente grande, eso sí,

para haber estado en tu seno y no dejarte  
desgarrada y hermosa, como ahora.

Como un rayo de sol que cruza horas,  
dejándote a la tarde

un hueco en cada esquina,

cruzando un escalón de despedida.

No preguntes por ella:

hay muy pocas respuestas que no hieran.

No te metas a hacer de vez en cuando

contigo misma averiguaciones

para quedarte con el alma a solas.

Dispones de las noches

para saber qué hacer con tanto corazón,

tan solo acostumbrado

a la media distancia.

Tienes todo el dolor que da la tarde:

si un corazón pudiera estar más triste

sería ya una puesta de sol.

El único consuelo —tú lo sabes—

es el que canta Paco en las esquinas:

«Esta tarde, muy tarde, hay un entierro...»

Que nunca es tarde, si la dicha es buena,

ni es mala dicha cuando el mal es tarde.

Pero Paco no sabe lo que dice.

Es que inventa noticias, tú ya sabes:

nunca estuvo muy bien de la cabeza.

No es verdad, no es verdad: tu hija vive.

No se puede morir lo que se ama.

Como madruga tanto, se ha dormido

arrastrando su sangre, con la tarde,

sobre el hombro de Dios, hechas las paces

y haciendo con tus lágrimas el camino de vuelta...

Y eso es todo.

NICOLAS SANCHEZ PRIETO

